

# GUTIÉRREZ NÁJERA, ENSAYISTA Y CRÍTICO

*José Luis MARTINEZ*

*El aroma preservado*

Durante más de seis décadas, el prestigio del arte ha conservado vivo para el mundo de las letras hispánicas el aroma de la poesía del “Duque Job”, “flor de otoño del romanticismo mexicano.”<sup>1</sup> A lo largo de estos años, varias generaciones literarias se han sucedido y han propuesto nuevos credos estéticos que nos han llevado muy lejos ya de aquel suave mundo de fantasía y refinado sentimentalismo que permanece en los versos y en la prosa de Manuel Gutiérrez Nájera. Alguna vez, incluso, se intentó condenarlo al desván que sólo frecuentan las señoritas de provincia y los lectores de corazón sencillo, pero pronto tuvimos que reconocer que pertenecía a ellos, por la autenticidad de su sentimiento, y que al mismo tiempo algunos de sus poemas y muchas de sus páginas en prosa no sólo tenían una importante significación histórica por su ímpetu renovador y como precursoras del Modernismo hispanoamericano, sino que podían cruzar airosas la puerta estrecha del arte perdurable.

Sin embargo, hoy sabemos que nuestro conocimiento de la obra de Gutiérrez Nájera es muy precario y que, cuando se lleve a cabo la edición de su obra completa, los volúmenes existentes se multiplicarán, y paralelamente, quizás encontremos aspectos y relieves hoy ignorados.<sup>2</sup> Pero aun dentro de la sección de su obra hasta ahora accesible —su poesía y sus cuentos aproximadamente completos y porciones aisladas del resto de su prosa—, el estudio de Gutiérrez Nájera se ha guiado por ciertas preferencias caprichosas. A partir de los estudios de Justo Sierra, Luis G. Urbina, Amado Nervo y Carlos Díaz Dufoo, sus primeros prologuistas y exégetas, que fijaron sobre todo la mitología del “Duque Job”, nos conser-

varon su vibración humana y nos dieron los primeros, y en algún caso definitivos, vislumbres acerca de la magia de su estilo, luego hemos preferido seguir narrando la breve y amarga vida del poeta, sus costumbres y anécdotas, las enormes tareas periodísticas que debió afrontar sin ninguno de los recursos hoy disponibles, la grata empresa de la *Revista Azul*, sus lecturas y sus caprichos. En cuanto al estudio de su obra, hemos ido sin duda más adelante. Algunos trabajos críticos nos han dado elucidaciones importantes acerca de su poesía y de sus cuentos y crónicas, y acerca de la significación de su obra como precursora de la renovación modernista; y las investigaciones eruditas, que han compartido estudiosos norteamericanos, hispanoamericanos y mexicanos, pronto habrán de coronarse con la edición completa de inminente iniciación.

#### *La obra semiolvidada*

Dijérase pues que en este cuadro de los estudios e investigaciones que han suscitado Manuel Gutiérrez Nájera y su obra, parece haber quedado relegada su prosa crítica y ensayística, nunca ahora reeditada ni coleccionada<sup>3</sup> y casi intacto su estudio, aunque contemos ya con observaciones sagaces acerca de este aspecto de su obra. Sería labor muy grata volver a enlazar los rastros que conservamos de aquella personalidad tan peculiar y seductora, tan representativa de una sociedad y de un momento de nuestra historia que fue Gutiérrez Nájera, pero no deja de intimidarme la emulación de quienes, con mano maestra, han estudiado los aspectos más frecuentados, y acaso más importantes de la obra de este escritor de excepción. Por ello, he preferido que mi contribución se restrinja a un primer intento de examen de este aspecto semiolvidado de su obra.

Los esbozos de ensayos y los estudios críticos que conocemos de Gutiérrez Nájera, primera peculiaridad muy de su tiempo, nunca fueron escritos expresamente como tales. Quien los redactaba fue fundamentalmente un periodista que, según las costumbres de su tiempo, debía colaborar cotidianamente en el periódico o la revista en turno con la publicación

de cierta literatura placentera: crónicas sobre los acontecimientos de actualidad, notas de viaje, cuentos y fantasías y, de cuando en cuando, versos. Así pues, por lo general sus comentarios teatrales, sus juicios acerca de autores y libros o sus exposiciones doctrinarias formaban parte de sus crónicas para las que buscaría títulos sugestivos y firmaría con una amplia provisión de seudónimos, como si quisiera evitar que los lectores se fatigaran con la profusión de su propio nombre. Además, podemos suponer que la mayor parte de estos escritos pertenecen a sus últimos quince años de vida —de 1880 a 1895—, el lapso más activo de su actividad periodística en el que realizaría una obra que sin hipérbole se puede calificar de abrumadora y, consiguientemente, podemos colegir que acaso ninguna de estas páginas fue escrita con el reposo y la meditación que, salvo a escritores de excepción como él, exige esta índole de reflexiones.

Junto al ritmo ligero y espiritual y a la melodía siempre cambiante que distingue la prosa de Gutiérrez Nájera, encontraremos en estos textos, además, nuevos aspectos de singular interés puesto que en ellos está meditado y teorizado con lucidez el impulso renovador que fue umbral de la modernidad; asimismo, estas páginas nos muestran sus peculiares métodos críticos y nos presentan un panorama cordial e inteligente de la literatura del pasado y de su tiempo.

### *La nueva arte poética*

Merece que se recuerde al ya olvidado Manuel Puga y Acal, o "Brummel", aquel crítico que provocó una escaramuza a fines del siglo XIX con sus ásperos juicios sobre algunos poetas, por haber suscitado la carta que Manuel Gutiérrez Nájera le escribió no tanto en defensa de un poema suyo, zarandeado por "Brummel", cuanto en noble y muy razonada defensa de los méritos cordiales de la poesía de Juan de Dios Peza, porque en esa carta consignó Gutiérrez Nájera preciosas observaciones acerca de la conciencia del escritor y de su destino, y acerca de los poetas franceses de su predilección, desde Hugo a Baudelaire y a

Banville y, sobre todo, porque aquel debate lo llevó a darnos su personal credo estético en materia de poesía, en líneas que parecen escritas por un teórico del Modernismo. “Usted como yo —dice a Puga y Acal— es apasionado de la forma; sentimos la voluptuosidad del color y de la línea; nos fascina y encanta por ejemplo este admirable verso de Díaz Mirón:

*...el culminante pecho  
hincha y erige su botón de rosa!*

Creemos en Gautier, buscamos la paleta de los Goncourt, nos evadimos del Diccionario de la Academia porque está lleno de palabras secas y de vocablos grises, nos suena a banda militar la poesía de Zorrilla y a vihuela destemplada la poesía de Grilo.”<sup>4</sup> ¿Despectivo Gutiérrez Nájera para la “banda militar” de Zorrilla? No, porque más adelante reconocerá, en un juicio que coincide con la crítica actual, la “belleza musical” de su poesía, y en otro artículo, dedicado a la coronación del poeta, escribirá: “Este músico es, además, un gran decorador. Los personajes de sus leyendas son figuras de gobiernos; sus romances, son riquísimas tapicerías.”<sup>5</sup>

Pero volvamos a la nueva arte poética que expone Gutiérrez Nájera. Después de exaltar la “voluptuosidad del color y de la línea”, en esta misma carta a Puga y Acal se refiere a otro procedimiento caro al Modernismo, los juegos de oposición de colores y los claroscuros,<sup>6</sup> nota que podemos enlazar con otra muy singular, acerca del color de las sensaciones, y que coincide con la curiosa teoría del soneto de Rimbaud. Nuestro escritor ha ido al lago de Pátzcuaro y al intentar fijar sus impresiones se pregunta: “¿Por qué no atribuir color a las sensaciones, si el color es lo que pinta, lo que habla en voz más alta a los ojos, y por los ojos al espíritu? Y siento color de rosa cuando recuerdo mi primera mañana en tierra caliente, la salida del sol contemplada desde el mirador del palacio de Cortés; siento color de plata cuando recuerdo mi noche de luna en el mar, y siento azul cuando vuelvo a ver en mi memoria el lago de Pátzcuaro.”<sup>7</sup> Ha fijado pues, categóricamente, tres notas de su nueva teoría poética: la

sensualidad plástica y musical, los juegos de colores y de claroscuros y las trasposiciones sinestésicas, que van a ser, primero en su obra y luego en la de los seguidores del Modernismo, algunos de los signos peculiares y originales de esta tendencia literaria.

### *Teoría del afrancesamiento*

A propósito de Gutiérrez Nájera, ningún lugar común ha sido tan frecuentado como su francesismo que suele considerarse de una manera simplista. Sin embargo, la teoría que al respecto expuso nuestro autor afirma no sólo los móviles de aquella preferencia sino también sus antídotos y aun la necesidad de que nacía. Gutiérrez Nájera comenta la decadencia que en su tiempo sufre la poesía lírica española y, con juicio seguro, dictamina que se debe a la falta de cruzamiento. "La aversión a lo extranjero —escribe— y a todo lo que no sea cristiano rancio, siempre ha sido maléfica para España." ¿Cuál es la solución que propone? Héla aquí: "Mientras más prosa y poesía alemana, francesa, inglesa, italiana, rusa, norte y sudamericana, etc., importe la literatura española, más producirá, y de más ricos y más cuantiosos productos será su exportación. . . No puede negarse que en España hay mejores novelistas que poetas líricos. ¿Y a qué se debe esta disparidad? Pues a que esos novelistas han leído a Balzac, a Flaubert, a Stendhal, a George Eliot, a Thackeray, a Bret Harte, a Salvatore Farina, a Tolstoi, a muchos otros, y este roce con otros temperamentos literarios, con otras literaturas, ha sido provechoso para ellos." <sup>8</sup> Este cruzamiento que fecundara nuestro propio temperamento fue el que practicó en su propia obra Gutiérrez Nájera y prefirió, entre todos, aquel "sutil y enervante perfume que despiden, página a página, los modernos libros franceses", <sup>9</sup> como decía Luis G. Urbina.

Mas al mismo tiempo, y fiel en esto a las doctrinas del maestro Altamirano, quería que no se olvidaran las propias raíces americanas, como lo decía, con ese amaneramiento que a veces afeaba su estilo, a los miembros de una misión cu-

bana que visitaron México a fines de 1894: "La literatura de vuestra isla prestigiosa... es como un arco iris deslumbrante que con una de sus extremidades toca las torres de París y con la otra los trémulos penachos de las palmas americanas." <sup>10</sup> Mas junto a las raíces americanas, había que buscar también las de la propia tradición castellana y grecolatina. "La poesía francesa —escribió nuestro autor— es muy coqueta y muy hermosa; cuesta trabajo levantarse de su muelle canapé; pero, aunque estoy enamorado de ella, debo confesar a usted que nos va a dañar algo su *champagne*. Bueno es cenar con ella —añade con prudente doctrina—, pero a la mañana siguiente hay que marcharse a oír el canto de las cigarras virgilianas y el murmurio de la fuente de Tibur... Bebamos una copa de Borgoña con Teodoro de Banville, pero conversemos luego mucho rato con los griegos y latinos, ¡los grandes sobrios! Y diré a usted que tampoco nos haría mal frecuentar el trato de los clásicos españoles. Yo tengo muchos pecados en mi conciencia y he pensado elegir por confesor a fray Luis de Granada." <sup>11</sup>

Pero además de estos textos que dan un sentido coherente y una justa proporción al afrancesamiento de Gutiérrez Nájera, contamos con un testimonio lleno de simpatía que nos permite aclarar aún más esta cuestión. Refiere José Juan Tablada en sus *Memorias* que, siendo muy joven, fue a mostrar sus versos a Gutiérrez Nájera, quien le dijo: "Lees mucho a los franceses ¿verdad?... Haces bien; su ejemplo es muy saludable para nosotros, para animarnos a romper viejos moldes. Pero no descuides a los clásicos griegos y latinos ni a los españoles. Debemos individualizarnos, pero dentro de nuestra tradición literaria... ¿Y el idioma?... El nuestro es magnífico, fue, mejor dicho, porque ha venido a menos, como uno de esos ancianos que fueron ricos y poderosos y hablan sólo de sus tiempos pasados. Pero ese anciano puede volver a ser rico y poderoso, aquí, en América." <sup>12</sup>

### *Estética de prosa*

Así como la respuesta a las ásperas críticas de Puga y Acal dio ocasión a Gutiérrez Nájera de precisar su doctri-

na acerca del nuevo concepto de la poesía y del sentido de su galicismo espiritual, otra interpelación va a empujarlo a expresar su pensamiento acerca de la prosa. El escritor José Ferrel, bajo el seudónimo de "Ángel Franco", reconviene públicamente al "Duque Job" porque ha encontrado muchos versos dispersos en la prosa de la espléndida elegía que, con el nombre de *Neniae*, escribiera a la muerte del maestro Altamirano y le pregunta si es o no un defecto literario la prosa en verso, como lo es el verso prosaico. La respuesta de Gutiérrez Nájera es precisa. "Se me cayeron versos en ella, porque así pasó; y esos versos son malos, como míos; pero no es malo prender versos en la prosa."<sup>13</sup> Hasta aquí la réplica, pero como ocurría siempre, el asunto se enriquece en seguida en su imaginación, y poco a poco vá pasando del punto preciso en cuestión a lo que pudiéramos llamar su teoría estética de la prosa, adornada de acuerdo con su peculiar estilo: "¿Cómo, pues —escribe—, que no le gusta a cualquiera ver a una muchacha guapa con una camelia en el corpiño, con una rosa en el cabello? La prosa de buena cepa se viste de andaluza, como en *El sombrero de tres picos*; se viste de monja; calza el coturno griego; corretea como retozona parisiense; declama a veces; hace números, otras; y si la ocasión es apropiada, también hacer versos... Lo interesante es transmitir a otros la sensación nuestra. El que lo consigue es verdaderamente un escritor... La prosa tiene su ritmo recóndito... Se lo digo a usted amistosamente... ajuste su prosa al ritmo de que se trate. Si éste es seco, árido, séalo ella. Si es doctrinal, que sea clara. Pero si llega al entusiasmo, precedido por los redobles del tambor; si flamean los ideales; si calienta el sol las bayonetas, que surja de esa prosa el yambo flumíneo; que éntre el verso batallador por entre sus filas apretadas, como entra el toque del clarín sacudiendo las soñolientas energías. Entonces la *r* se retuerce, retumba el período, relampaguea la frase descarada, raya la pluma el papel en que escribimos, ruedan rugiendo las palabras... Cuando cae la tristeza lentamente, surge el verso, por lo mismo que al anoecer van brillando las estrellas, trémulas como las lágrimas."<sup>14</sup>

Me parece singularmente interesante esta exposición de Gutiérrez Nájera no tanto por su hábil defensa de los versos intercalados en la prosa sino por los términos inconfundiblemente modernos en que propone la plasticidad y el ritmo propio de la prosa, por esa clara conciencia que tiene del nuevo sentido que infunde su prosa y que va a constituir, históricamente, su aportación renovadora. Creo que él era consciente, además, de que su registro no era muy amplio y que, por ejemplo, los redobles marciales, la severa meditación o el amplio vuelo de las ideas no eran su fuerte. Pero dentro de su propio registro: la ironía sentimental, la gracia alada y espiritual, la evocación y la fantasía, tuvo precisamente el acierto de dar a su prosa el ritmo y la plasticidad que se ajustaban como un guante a la índole de aquellas páginas. De ahí su calidad y su eficacia.

#### *Las ideas acerca de la crítica*

Los juicios críticos de Gutiérrez Nájera acerca de autores y libros del pasado o de su tiempo, pertenecen a aquel tipo de crítica llamado impresionismo que Alfonso Reyes define como la manifestación informal y sin compromisos de la iluminación cordial que nos provoca una obra. Con su peculiar lucidez el mismo "Duque Job" decía que sus intentos críticos no perseguían el análisis sino expresar el efecto que ciertas obras le producen, los estímulos que le avivan, los sentimientos que le encienden y los recuerdos que le dejan.<sup>15</sup> En cuanto a las normas de su crítica parecía confiar más en el dictamen de la simpatía, en el gusto, que en rígidas normas de la belleza, como cuando apuntaba con mucho desenfado que "*La verbena de la Paloma* no es una obra bella; pero es una obra guapa, airosa, provocativa. En fin, me gusta."<sup>16</sup> No iba con su temperamento aquel tipo de crítica pendenciera que en su tiempo ejercía Antonio de Valbuena y prefería, en cambio, la pulcritud, la cortesía y el buen tono con que Juan Valera sabía decir las mismas verdades.<sup>17</sup> Desagradábale, asimismo, la crítica facciosa que en aquellos años se hacía en México y que, en lugar de bandos o tendencias literarias, reducía las



posiciones críticas a connotaciones políticas: “mochos” y “puros”.<sup>18</sup>

En la práctica, sus páginas de crítica formaban una parte o un ingrediente natural de sus crónicas que en su pluma no eran sólo, según la definición de Urbina, “un pretexto para batir cualquier acontecimiento insignificante y hacer un poco de espuma retórica, sahumada de algunos granitos de gracia y elegancia”,<sup>19</sup> sino que eran, además, un vehículo amable en el que cabían también la meditación espiritual, el humor, los toques costumbristas y las reflexiones sobre temas culturales y sociales. La literatura periodística de buena parte del siglo XIX, y especialmente la de Gutiérrez Nájera, no estaba regida por la norma informativa y crítica que hoy impera sino que su propósito era más bien el de ganar el agrado de los lectores —“no quiero que me admiren; quiero que me quieran”<sup>20</sup> decía el “Duque Job”—, así que era indispensable vaciar dentro de aquel vaso de apariencia ligera y frívola que era la crónica todas las especies intelectuales. La excelencia de Gutiérrez Nájera, en este aspecto, consistió precisamente en el arte y en el gusto con que supo diluir sus apuntes críticos y sus análisis formales en la fluida corriente de la crónica, recurriendo siempre, de acuerdo con la técnica de la crítica impresionista, al registro de las resonancias y de las afinidades que provocaban en su espíritu las obras comentadas.

En sus apuntes sobre el teatro de Shakespeare, que son acaso sus más hermosas páginas críticas, puede no llegar a informarnos nada preciso y puede no llegar a proponernos apuntes críticos originales; pero, en cambio, me parece que cuando compara al trágico inglés con el mar y escribe “como él tiene perlas y como él tiene monstruos. Como él copia, en sus noches, los innúmeros astros, y como él se levanta, enfurecido, en formidables ímpetus”,<sup>21</sup> o cuando, mudando de símil, ve su obra como un bosque intrincado en el que “tras el caduco tronco de una encina, chispean, como ojos de jaguar, las pupilas de Otelo. Rozan nuestra cabeza las alas de murciélago de Calibán. Oímos chocar en el aire los palos de escoba en que montan las brujas de Macbeth... El espectro

del padre Hamlet, clamando venganza, camina a la plataforma de Elsinor",<sup>22</sup> o cuando describe su poder para reanimar y resucitar los fantasmas de la historia, o cuando exalta su humanidad poderosa o se refiere, de acuerdo con el pensamiento de Baudelaire, a la belleza de lo horrible que hay en algunas de sus creaciones, entonces ha logrado comunicarnos afectivamente el esplendor de aquellas creaciones, ha logrado atraernos a su admiración y a su conocimiento y, en lugar de la luz fría del concepto, ha logrado contagiarnos el gusto por la belleza de aquel arte.

Estas mismas normas y procedimientos críticos presiden sus apuntes que se refieren a escritores mexicanos o españoles de su tiempo y los que dan testimonio de sus grandes cultos literarios: Bécquer y Gautier, Valera y Pérez Galdós, Hugo y Castelar, Saint Victor y Martí, Renan y Altamirano, y otro tanto hizo en sus encantadoras crónicas de teatro que tenían la virtud de comunicar al lector no sólo la índole y el valor de la representación sino los pormenores del ambiente en que ocurrían, en relatos llenos de vivacidad, de humor y de fina, discreta inteligencia.

### *Las notas de viaje*

Él, que tanto pensaba en países lejanos, apenas salió de su ciudad natal, la capital, para conocer algunas poblaciones del interior de la República: Jalapa, Veracruz, Puebla, Morelia, Pátzcuaro, Guadalajara, Toluca, y para dejarnos apuntes de muy fino observador acerca del carácter de los lugares y de sus habitantes. A veces se ahogaba en los elogios vacíos —a la manera de los que solía prodigar Zorrilla— pero casi nunca faltan en sus notas de viaje breves y agudos registros de color o de sonido que acusan su temperamento plástico u observaciones llenas de agudeza y sensualidad a propósito de las mujeres de provincia, como cuando dice que la piel de las veracruzanas "está tejida de relámpagos"<sup>23</sup> o cuando advierte que en Guadalajara las mujeres "aparecen con el crepúsculo, como las luciérnagas y las estrellas."<sup>24</sup> A esta misma ciudad, que tanto le agradó, se refiere una anécdota y una

frase galana. Cuenta José López Portillo que, cuando Gutiérrez Nájera visitó Guadalajara con motivo de la inauguración del Ferrocarril Central, los escritores tapatíos lo llevaron a conocer el Hospicio Cabañas, cuya espléndida construcción y cuya organización admiró mucho, tanto que exclamó finalmente: “¡Qué ricos son los pobres de Guadalajara!”, frase que, según el autor de *La parcela*, “merecería ser grabada con letras de oro en el pórtico de nuestro Hospicio”.<sup>25</sup> Pero aun cuando acertara en algunas observaciones objetivas, los mayores aciertos de sus notas de viaje seguirán siendo, lo mismo que en sus crónicas y en sus cuentos, las divagaciones sentimentales. En el vaporcito en que hace la travesía del lago de Pátzcuaro ve a la mujer del capitán canadiense, “sentada en un banco de palo, pálida, con los ojos bajos, cosiendo maquinalmente y como perdida la imaginación en remotas tierras”, y ya está volando su propia imaginación para inventar cordialmente aquella melancólica vida y para dejarnos uno de los pasajes de su prosa que prefiero, por su lento y profundo ritmo, por su morosa y azoriniana capacidad de observación para lo pequeño y lo humilde. “Pasaré los días en Ibarra esa mujer —escribe Gutiérrez Nájera— contemplando desde la ventana del lago, el cerro de Ihuatzio que divide el lago, y las chalupas que lo surcan como huecas flechas de madera, sin oír más que el cacareo de los gallos en el corral o el gruñido de los cerdos; no hablará con ninguno porque no conoce nuestro idioma; comerá sola en la desierta y desmantelada fonda, cerca del arriero que allí almuerza, y cuando caiga la tarde, cuando se enciendan las estrellas en el cielo y escasas luminarias en las próximas islitas, iré a aguardar a su marido para cenar y dormir, hasta que los cascabeles de las mulas que llevan el guayín de Ibarra al paradero de los trenes la despierten y la indiquen que es hora ya de levantarse. En la cena, por la noche, en los patios y corredores del hotel, verá pasajeros ufanos y felices novios que hacen su viaje de bodas, y para ella no hay más que soledad, reclusión, silencio y pobreza, o la monotonía de navegar continuamente en aquel barco sucio y tiznado de hollín, que siempre se detiene en los mismos puntos para recoger balsas cargadas de madera y

remolcarlas. Bajo aquel cielo gris, dentro de aquella atmósfera y vapor de agua, la mujer del capitán me parecía una palidez y un frío más.”<sup>26</sup>

### *Fuentes y estela de su prosa*

El panorama literario de México en el último tercio del siglo XIX, del que surge la prosa de Gutiérrez Nájera, estaba aún dominado por el grueso aliento retórico del romanticismo, por cierta difusión intelectual y por una desproporción carente de gusto. Sin embargo, cabe recordar que en las *Conversaciones del domingo*, de 1868, que formarán luego parte de los *Cuentos románticos* de Justo Sierra, había ya un preludio de esta música flexible y ligera, de este humor sentimental y de la divagación entre frívola y espiritual que habrán de alcanzar su esplendor en los cuentos y en las crónicas de Gutiérrez Nájera posteriores a 1880. Y junto a estos modelos inmediatos vendrán a sumarse los grandes prosistas franceses —Renan, Janin, Saint Victor— y los españoles —Valera, Pérez Galdós, Castelar— que completarán el cuadro de los maestros que intervienen en la formación del estilo de Gutiérrez Nájera. Mas el resultado de esta múltiple confluencia de lecciones va a ser de nuevo una creación original, singularísima y fruto de un momento peculiar de la sociedad mexicana, como que se revertirá luego como influencia renovadora a todo el ámbito de las letras hispánicas. Así lo señalaba ya Justo Sierra en su estudio memorable cuando decía: “Puede afirmarse que los diez o doce primeros años de la vida literaria de Gutiérrez Nájera (76-88) fueron un viaje perpetuo entre todas estas influencias, acercándose a todas, reflejándolas todas, nadando en las aguas de los autores nuevos, encantado, admirado, sugerido, y mostrando a veces en la superficie de las olas, como el escualo de Heredia, su aleta relampagueante de esmeralda y oro. En aquel decenio —prosigue Sierra— se reveló prosista singularísimo, sin punto de comparación dentro de las letras españolas de hoy, por la fulguración perpetua, pero suavísima, como la de las noctúlicas, de su frase, y por su estilo, muy complicado, muy fino,

saturado de poesía y de una inexpresable facultad de efusión íntima, familiar y acariciadora que parecía tocar en lo amenerado, pero que sorteaba el escollo con un movimiento lleno de gracia y de gusto.”<sup>27</sup>

La nueva estética de Gutiérrez Nájera, en otro sentido, va a provocar el rompimiento definitivo con los jirones que aún sobrevivían del romanticismo. Conservará ciertamente, aunque afinada y purificada, la propensión sentimental que diríase consustancial al temperamento mexicano, pero proscibirá en cambio el arrebatado desesperado, la falta de pulimiento y el abuso del color local que tanto lo exasperaba. “En Cuba —apuntó alguna vez— hay vates que lo son nada más porque riman mamey con siboney y con carey. Esa poesía emborracha como el olor de un plantío de chirimoya o guayabo.”<sup>28</sup> Además, añadirá por su cuenta dos elementos más que habrán de ser fundamentales para la integración del credo estético del Modernismo hispanoamericano: el gusto y el aliño formal.

Parece condición de los escritores de raza, de los escritores esenciales, la de darnos —así haya sido breve su vida, precaria su educación y poco propicio su tiempo— un universo completo en su obra. Así ocurre con Gutiérrez Nájera. Fue un escritor de su tiempo y toda la vida de su tiempo está expresada, con emoción e inteligencia, en su obra; pero a la vez —como observa Mauricio Magdaleno— fue un escritor que impuso a su época la marca de su arte y de su sensibilidad.<sup>29</sup> Pueden llenarnos de admiración el volumen físico de su obra, las condiciones adversas en que la realizó y la calidad que, no obstante el apremio con que se escribieron, tienen muchas de sus páginas; puede admirarnos también el que haya tenido una conciencia tan clara del nuevo sentido que quería dar a la poesía y a la prosa y de la razón profunda que, en aquellos días, hacía conveniente recibir la fecundación de las letras francesas; pero lo que constituye su hazaña verdadera, lo que le da un lugar de honor en la historia literaria de México y lo que hace que permanezca viva su obra y su memoria es un hecho muy sencillo en apariencia, el haber traído a las letras mexicanas esa música nueva, esa

delicadeza y esa gracia, "especie de sonrisa del alma",<sup>30</sup> que están siempre en el fondo de su estilo, y el haber sabido forjar con ellas páginas cuya humedad y cuyo aroma aún nos conmueven.

#### NOTAS

1 Justo Sierra "Prólogo" a MGN, *Poesía*, Establecimientos Tipográficos de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1896, p. xi.

2 Escribí el presente estudio a principios de diciembre de 1959. Entonces sólo existían los siguientes volúmenes de obras coleccionadas de Gutiérrez Nájera, con exclusión de las antologías y las reediciones:

*Poesía*, Establecimientos Tipográficos de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1896. (Prólogo de Justo Sierra).

*Prosa*, I, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1898. (Introducción de Luis G. Urbina).

*Prosa*, II, Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre, México, 1903. (Prólogo de Amado Nervo).

*Hojas sueltas*, Artículos diversos por... Antigua Imprenta de Murguía, México, 1912. (Prólogo de Carlos Díaz Dufoo).

*Obras inéditas de Gutiérrez Nájera, Crónicas de "Puck"*, Recogidas y editadas por E. K. Mapes, Instituto de las Españas, Nueva York, 1939.

*Obras inéditas de Gutiérrez Njera, Poesías*, Recogidas y editadas por E. K. Mapes, Hispanic Institute, New York, 1943.

*Poesías completas*, Edición y prólogo de Francisco González Guerrero, Colección de Escritores Mexicanos 66-67, Editorial Porrúa, S. A., México, 1953. 2 vols.

*Cuentos completos*, Prólogo, edición y notas de E. K. Mapes, Estudio preliminar de Francisco González Guerrero, Biblioteca Americana 35, Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

En resumen, hasta diciembre de 1959, existían cuatro volúmenes de ediciones o recopilaciones "antiguas" y cuatro "modernas", que iniciaban la recolección de obras inéditas y la publicación de secciones completas de la obra de Gutiérrez Nájera.

3 Pocos días después de la redacción de este estudio apareció el primer volumen de las obras de Gutiérrez Nájera que publicará la Universidad Nacional. Su descripción y contenido es el siguiente:

MGN, *Obras. Crítica literaria* I, Ideas y temas literarios, Literatura mexicana, Investigación y recopilación de E. K. Mapes, Edición y notas de Ernesto Mejía Sánchez, Introducción de Porfirio Martínez Peñaloza, Nueva Biblioteca Mexicana 4, Centro de Estudio Literarios, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1959.

Este excelente volumen, tan interesante por su contenido como por la calidad de su aparato erudito, inicia la recolección y la reedición de la prosa crítica y ensayística a cuyo olvido me refiero. Reúne los artículos de Gutiérrez Nájera sobre doctrina literaria y sobre letras mexicanas; 87 en total de los cuales 57 se reproducen aquí por primera vez y 30 ya habían sido publicados en *Prosa* II (1903), en *Hojas sueltas* (1912), en las *Crónicas de "Puck"* (1939) y en algunas antologías. Para como-

didad del lector, refiero mis notas a esta edición moderna y accesible, salvo en los casos de artículos que sólo se encuentran en las recopilaciones antiguas.

4 MGN, "‘Tristissima Nox’. Carta a Manuel Puga y Acal", 1888, en *Obras. Crítica literaria* I, p. 326-327.

5 MGN, *Hojas sueltas*, p. 85.

6 MGN, "‘Tristissima Nox’...", *Ibidem*, p. 317-318.

7 MGN, "El lago de Pátzcuaro", en *Cuentos, crónicas y ensayos*, Prólogo y selección de Alfredo Maillfert, Biblioteca del Estudiante Universitario 20, Universidad Nacional Autónoma, México, 1940, p. 163.

8 MGN, "El cruzamiento en literatura", 1890 y 1894, en *Obras, Crítica literaria* I, p. 102.

9 Luis G. Urbina, "Un prólogo a las prosas del Duque Job", en *Hombres y libros*, El Libro Francés S. A., México s. f. (1923), p. 70.

10 MGN, "Crónica dominical", 1894, en *Obras inéditas, Crónicas de ‘Puck’*, p. 213.

11 MGN, "‘Tristissima Nox’. Carta a Manuel Puga y Acal", 1888, en *Obras. Crítica literaria* I, p. 327-328.

12 José Juan Tablada, *La feria de la vida (Memorias)*, Ediciones Botas, México, 1937, p. 175.

13 MGN, "Carta abierta al señor don Angel Franco", 1893, en *Obras. Crítica literaria* I, p. 95.

14 MGN, *Ibidem*, p. 95-96.

15 MGN, "William Shakespeare", en *Prosa* II, p. 65.

16 MGN, "Crónica dominical", 1894, en *Obras inéditas. Crónicas de ‘Puck’*, p. 204.

17 MGN, "Don Antonio de Valbuena. ‘Ripios académicos’", 1890, en *Prosa* II, p. 351.

18 MGN, "La crítica literaria en México. Nuestros críticos", 1889, en *Obras. Crítica literaria*, I, p. 375 ss.

19 Luis G. Urbina, "Prólogo" a *Cuentos vividos y crónicas soñadas*, México, 1915.

20 MGN, *Obras. Crítica literaria* I, p. 94.

21 MGN, "William Shakespeare", en *Prosa* II, p. 54-66.

22 *Ibidem*, p. 67.

23 MGN, "Viaje alrededor de las veracruzanas", en *Prosa* I, p. 291.

24 MGN, "Guadalajara", en *Cuentos, crónicas y ensayos*, p. 152.

25 José López Portillo, "Discurso", en *Piezas literarias leídas en la velada fúnebre en honor de Manuel Gutiérrez Nájera*, verificada en el Teatro Principal de Guadalajara la noche del 23 de febrero de 1895, Edición de "El Heraldo", Establecimientos Tipográficos de "La República Literaria", Guadalajara, 1895, p. 32.

26 MGN, "Pátzcuaro", en *Cuentos, crónicas y ensayos*, p. 165.

27 Justo Sierra, "Prólogo" a MGN, *Poesía*, 1896, p. x.

28 MGN, "Ignacio M. Altamirano", 1889, en *Obras. Crítica literaria* I, p. 362.

29 Mauricio Magdaleno, "Gutiérrez Nájera en el alma de su prosa", en *Cuadernos Americanos*, XVIII, 6, noviembre-diciembre de 1959, p. 178 ss.

30 Justo Sierra, "Prólogo" a MGN, *Poesía*, 1896, p. xvi.